



ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA (1).

III.

Después de fijadas de una manera clara y sencilla las bases fundamentales de este arte, vamos á entrar de lleno en la parte más difícil que encierra.

Sin aglomerar ejemplos inoportunos, cuando ya con los que quedan consignados en el capítulo anterior hay los suficientes para comprender la relación establecida entre los números cardinales y las articulaciones, que forman palabras añadiendo las vocales suprimidas, y dada ya la norma de cómo se construyen las oraciones de texto variable al capricho de cada uno, siempre que la terminación ó la *voz data* sirva para traducir la fecha que queremos retener en la memoria, debemos, pues, ampliar estas reglas.

(1) Véase el núm. 7.

El cuadro de los diez números cardinales es invariable para todas las fórmulas; pero como en la historia y en las ciencias se hace preciso, si se han de conservar con distinción nombres, sucesos y fechas, dar más latitud á las articulaciones, de aquí el que no bastando las asignadas á los diez números dígitos, de que nos hemos servido hasta ahora, necesitamos *tipos de unidades* y *tipos de decenas*; y ésta es la parte un tanto complicada que vamos á desenvolver. Sin embargo, valiéndonos siempre de los mismos medios empleados para construir las fórmulas, y agotando con preferencia los monosílabos (que por cierto escasean en nuestro idioma), hacemos más fácil este estudio simplificándole hasta donde nos sea dable.

De los diversos tratados de *mne- motecnia* franceses, belgas, ingle-

ses, etc., nada podemos utilizar por la diferencia de significacion que en aquellos países tienen las palabras, que no pueden acomodarse á nuestro idioma, y mucho menos las que se escriben de un modo y se pronuncian de otro; tenemos, pues, que sujetarnos á los tratados españoles, tomando de éstos los procedimientos más sencillos, que adaptamos á nuestro método, sin que por esto se nos pueda tachar de plagiarios, porque en este caso lo serian cuantos han escrito gramáticas, partiendo todos

de iguales principios en cuanto á los artículos, nombres, pronombres, verbos, adverbios, etc., y lo mismo pudiera decirse de los autores de aritméticas, que forzosamente tienen por base las cuatro reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir.

Para ello formamos el siguiente cuadro, en el que, con toda claridad, encontrarán los niños que conozcan la Tabla Pitagórica y las reglas de multiplicar resueltos los problemas, á primera vista difíciles, de este ingenioso arte:

0 Zote.	0 Sano.	1 Tinto.	2 Negro.	3 Malo.	4 Redondo.	5 Largo.	6 Grande.	7 Caro.	8 Feo.	9 Pío.
1 Techo.	casa de labor.	bodega.	carboneria.	de paja.	bóveda.	pasillo.	teatro.	dorado.	buhardilla.	templo.
2 Nudo.	faja.	disciplina.	crespon.	de caza.	corbata.	sonda.	cadena.	collar.	soga.	estola.
3 Manjar.	cocido.	langosta.	moras.	hongo.	flan.	anguila.	pavo.	salmon.	caracol.	bacalao.
4 Ramo.	salvia.	amapola.	uvas.	hierba.	girnalda.	palma.	árbol.	coral.	ortiga.	oliva.
5 Lugar.	campo.	fragua.	cok.	encierro.	circo.	el camino.	la ciudad.	Madrid.	cueva.	iglesia.
6 Joya.	amuleto.	rubí.	azabache.	vidrio.	perla.	pendientes.	diadema.	brillantes.	doublé.	relicario.
7 Canto.	solfeo.	el del borracho.	entierro.	epigrama.	farandola.	letanía.	coros.	ópera.	la rana.	salmos.
8 Fuego.	hogar.	artificial.	infierno.	centella.	el sol.	coquete.	incendio.	gas.	paja.	cera.
9 Pan.	de trigo.	mojado en vino.	centeno.	caliente.	tortas.	francés.	hogaza.	rosquillas.	de municion.	bendito.

Segun queda demostrado, los tipos de unidades y decenas forman una escuadra, siempre bajo el tema obli-

gado de la consonante inicial, que ya conocemos en el cuadro de articulaciones, y en el centro las pa-

labras que resultan por analogía rigurosa de los nombres *sustantivos* y de los *adjetivos* á ellos incorporados.

Si fuéramos á explicar de un modo práctico una por una las cien palabras gráficas, digámoslo así, que aquéllos representan, sobre hacer

monótono y difuso este trabajo, á nada conduciría; y por lo tanto, nos limitamos á poner un solo grupo, pudiendo cada cual desentrañar los restantes, dadas ya las reglas que fijamos, teniendo con estos cien grupos los suficientes para construir todas las fórmulas:

ARTICULACIONES.	SUSTANTIVOS.	EJEMPLO. ADJETIVOS.	PALABRA QUE REPRESENTAN.	SIGNIFICADO.
Te. se.	techo.	sano.	casa de campo. . .	habitacion saludable.
Te. te.	id.	tinto.	bodega.	dónde se encierra vino tinto.
Te. che.	id.	negro.	carbonería.	sitio ennegrecido por el carbon.
Te. me.	id.	malo.	el de paja.	techo de poca resistencia.
Te. re.	id.	redondo.	bóveda.	de forma redonda.
Te. le.	id.	largo.	el del pasillo. . . .	por su longitud.
Te. ge.	id.	grande.	el del teatro. . . .	por sus dimensiones.
Te. ke.	id.	caro.	el dorado.	por sus m. lduras y coste.
Te. fe.	id.	feo.	el de la buhardilla.	por su forma irregular.
Te. pe.	id.	pío.	el del templo. . . .	por su objeto piadoso.

Lo propio que hacemos con esta seccion consintiendo en una palabra concreta que nos dé idea de su raíz, puede hacerse con las restantes del cuadro, que son: *nudo, man-*

jar, ramo, lugar, joya, canto, fuego y pan, equivalentes á las articulaciones que tienen la misma consonante inicial que ambas llevan. Por ejemplo:

Nudo negro.	crespon.	(lazo de luto).
Manjar malo.	el hongo.	(que es venenoso).
Ramo redondo.	la guirnalda.	(por su forma oval).
Lugar largo.	el camino.	(cuando vamos léjos).
Joya cara.	el brillante.	(por su gran precio).
Canto feo.	el de la rana.	(que es poco grato).
Fuego malo.	el de la centella.	(por los estragos que ocasiona).
Pan pío.	el bendito.	etc., etc.

A fin de grabar de una manera permanente en la memoria de los niños el órden correlativo de estos tipos, como se hizo por medio de una mala copla, de nuestra invencion, con los del cuadro núm. 4 para las palabras numéricas, se ha ideado por un personaje respetable por su ciencia y entendido mnemonista la siguiente:

Cuélgame *zote* del *techo*
Con un *nudo* ese *manjar*,
Pon un *ramo* en su *lugar*

Y esa *joya*, que me han hecho
De un *canto*, al *fuego* la echo,
Que ayude el *pan* á tostar.

Sabidos ya de memoria los sustantivos, se tiene un dato fijo para agregarles los adjetivos, sin otra guía que aplicando á cada uno por este mismo órden su letra inicial correspondiente.

Para emplear estas palabras convencionales, que resultan de la combinacion expuesta, presentamos el siguiente grupo de guarismos desde

el 1 al 100, que por cualquier lado que se sumen ó reunan nos dan la palabra que necesitamos:

2.	5.	4.	1.	2.	9.
5.	4.	1.	2.	7.	0.
6.	9.	6.	3.	8.	5.
6.	8.	0.	4.	3.	8.
7.	7.	1.	7.	9.	9.
0.	0.	1.	0.	0.	0.

Tomemos los seis primeros

2. 5. 4. 1. 2. 9.

Resultan:

nudo. lugar. ramo. techo. nudo. pan.

Si de dos en dos salteados

(3.^a línea)... 69. 63. 85.

∴ ∴ ∴

nos darán... *giba. gamo. filo.*

Por último, si en líneas diagonales...

21. 64. 49.

∴ ∴ ∴

las siguientes *ne-re. ge-re. re-pe.*

palabras que resultan de estas articulaciones. . . . *Neron. Giro. Arapo.*

Se podrian multiplicar estos ejemplos; pero basta la norma ya señalada para los tres casos concretos, que son aplicables á todos los demas, lo mismo traduciendo números á palabras que éstas á aquéllos.

Verémos más adelante la ventaja de usar palabras fijas á puntos de memoria, facilitando extraordinariamente las fórmulas por medio de las *localidades* y el de la *analogía fónica*.

Hasta ahora venimos consignando los procedimientos teóricos de este ingenioso arte, que, bien aprendidos, es sencillísima su aplicacion, y bastarán pocos ejemplos para persuadir al más incrédulo de su reconocida importancia á fin de retener en la memoria cosas abstractas en que no intervienen el raciocinio y la lógica.

M. J. PASCUAL.



ESCENAS INFANTILES.



LA MUERTE DEL PAJARITO.

Mucho llora el niño al ver muerto á su hermoso pajarito, pero otro pajarito igual le consolará en su dolor.

¡ Dichosa edad y dichosa inocencia! Cuando sea hombre, la muerte la verá en todas partes, verá morir á los seres que le sean más queridos; pero entónces tendrá una gran virtud, la resignacion, que es la virtud de los buenos, de los humildes, de los elegidos de Dios.



LA RAZON Y EL INSTINTO EN LOS ANIMALES.

(Conclusion.)

Mi amigo me decia que habia experimentado un vivo placer viendo la familiaridad y confianza que le demostraban los petirojos. Cuando por las mañanas se afeitaba, el padre venia con frecuencia á encaramarse sobre el espejo, teniendo en su pico el gusano destinado á servir de almuerzo á la pequeña familia, sin mostrar la menor alarma por su presencia. Antes de terminar con los petirojos, debo decir que cuando cantan tarde durante el otoño es por un motivo de rivalidad entre dos de ellos. Si uno cesa en sus gritos, el otro guarda silencio. He observado tambien que entonan su canto en el momento en que se disponen á reñir, pues este pájaro es esencialmente belicoso por naturaleza. En una ocasion vi dos que emprendieron la lucha con tal encarnizamiento, y tan ciegos de furor estaban que hubiera podido cogerlos con la mayor facilidad cuando cayeron á mis piés. Despues de un momento de lucha, uno de ellos pareció llevar ventaja á su adversario, y le hubiera dado muerte si no los hubiesen separado. Los pájaros combaten hasta morir. Algunos naturalistas han asegurado que la hembra del petirojo canta, y yo soy del mismo parecer por las observaciones que he hecho.

La gallina es un modelo de ternura maternal. Cuando se halla rodeada de una manada de polluelos, ¡ con qué ansiedad los ve acercarse al agua, donde se arriesga á seguirlos! Cualquiera que haya visto sorprender una cría de perdices por un perro de caza, habrá presenciado cuánto puede la fuerza de ese mismo afecto paternal.

Las golondrinas, cuando tienen hijuelos, emplean una grande persistencia en cazar insectos, que cogen al vuelo. Se detienen para descansar, y dejan oír despues un dulce gorjeo. Cuando nacen sus hijuelos, el padre y la madre les llevan sin cesar de comer y tienen gran cuidado de conservar la limpieza de su nido hasta que los hijos se hacen fuertes y saben arreglarse de modo que les ahorran ese trabajo. Pero lo más interesante de todo es ver á los viejos dar á los jóvenes las primeras lecciones para aprender á volar, animándoles con la voz, presentándoles á cierta distancia el alimento y alejándose á medida que se adelantan para recibirle, empujándoles dulcemente, y no sin alguna inquietud, fuera del nido, jugando delante de ellos y con ellos en el aire y acompañando su accion de un gorjeo tan expresivo, que cree uno comprender su sentido.

La golondrina está con frecuencia en guerra con los gorriones, y entónces da pruebas de una sagacidad notable. Una pareja de golondrinas habia construido su nido en el rincón de la ventana de una casa deshabitada. Un hermoso día, un gorrion trató de tomar posesion de ella, y se vió á las pobres golondrinas hacer esfuerzos inauditos para entrar en su morada. Su perseverancia fué vana; el gorrion se sostuvo y no quiso ceder. Las golondrinas, completamente cansadas, abandonaron el terreno, pero fué para volver acompañadas de várias de sus compañeras, trayendo cada una en el pico un poco de tierra húmeda, con la cual emprendieron el trabajo de tapar la boca del nido, encerrando en él al gorrion intruso, que, entregado á sus tristes reflexiones, acabó por morir en él. Esta anécdota puede parecer inverosímil á algunos lectores, pero el nido en cuestion fué quitado de la ventana y enseñado á várias personas con el pobre gorrion difunto.

Kalm, en sus viajes por América, nos cita un rasgo interesante de las golondrinas. « Dos de estos pájaros, dice, habian construido su nido en una cuadra; la hembra puso sus huevos y se disponia á sacar las crias, cuando de repente murió. La persona que habia observado todo esto quitó del nido el pájaro muerto, y entónces vió al macho volar continuamente alrededor de su morada, colocándose sobre un objeto próximo y lanzando un grito plañidero. Por último, se decidió á ponerse él mismo sobre los huevos; pero hallando probablemente esta ocupacion un poco molesta, partió una mañana, y al mediodía volvió seguido de otra compañera que se encargó de empollar los huevos y de criar los pequeñuelos. »

Examinando la cabeza de una golondrina viva es imposible no llame la atencion el aire de inteligencia y vivacidad que la distingue, de un modo particular, de otro pájaro cualquiera.

M. V. O.

EN LA GLORIA (1).

Murió un pobre el mismo día
Que un potentado murió,
Y á las puertas de la gloria
Juntos se hallaron los dos.
Henchida y radiante el alma
De inmensa satisfaccion,
San Pedro le dice al rico:

« Pasa, que te espera Dios. »
Cruza el rico los umbrales
De la divina mansion,
Y alegres los querubines,
Soltando su dulce voz,
Himnos de santa armonía
Entonan en su loor.
Tambien obtuvo licencia
El pobre, y tambien entró,

(1) Escrito en alemán por los hermanos Grimm.

Que es el reino de la gloria,
Sin límite ni excepcion,
Para todos los que cumplen
Los preceptos del SEÑOR.
Pero como nadie hiciese
Ninguna demostracion
De alegría, y como nadie
Le manifestára amor,
El pobre, invocando austero
La sacrosanta nocion
De la justicia, así dijo
Sin orgullo ni temor:
« ¡ Cómo!..... ¡ Tambien en la gloria
Se tributa adoracion

A los ricos, y granjean
Premio más digno y mejor
Que los hombres virtuosos
De mísera condicion?
¿ Por qué himnos, cuando él entra;
Silencio, cuando entro yo? »
« Porque como tú -- repuso
Dulce el divino Hacedor --
Penetran muchos al dia
En esta santa region,
Y ningun otro como él
En todo el año llegó. »

MANUEL CORCHADO.

VÍCTIMAS DE LA GUERRA.



¿ Adónde van la infeliz madre y los hijos huérfanos de padre?
Huyendo van no saben adonde. Su pueblo ha sido invadido por hombres que pelean y se matan, su casa ha sido incendiada; el desventurado padre ha muerto defendiendo su hogar.
La guerra ha condenado al infortunio á esos pobres seres inocentes.
En España, hijos míos, hay ya muchas madres y muchos niños en esa triste situacion.
Rogad á Dios que acabe la guerra, y cuando seais hombres, Él os libre de esa inmensa desdicha.



EL BURRO Y SU SEMEJANTE.

Pocos gobernadores
 Tantas pesetas valen
 Como Carlos de Pravia,
 Que falleció, poco ántes
 De estallar la gloriosa,
 En las islas Baleares;
 Y si no está su nombre
 En libros inmortales,
 Es porque las dolencias
 Fueron en él constantes,
 Y prematuramente
 Dieron con él al traste.
 Con Carlitos, su hijo,
 (Que era en todo su imágen,

Y casi niño ha muerto)
 Paseaba una tarde,
 Y oyendo de otro niño
 Los lastimeros ayes,
 Corrieron presurosos
 De aquel llanto á enterarse.
 Era que un pobre burro
 De edad muy respetable,
 Y muchísimos huesos
 Y poquísimas carnes,
 Porque el bribon de su amo
 Le mataba de hambre,
 Echado estaba el pobre
 Sin poder levantarse,

Y el hijo de su amo,
 Cansado de pegarle
 Varazos y patadas,
 Viendo ser todo en balde
 Y que borricamente
 No podia pasearse,
 Lloraba el majadero
 Cual si le desollasen,
 Y así que hubo contado
 La causa de sus ayes,
 Volvió á pegar al burro
 El grandísimo cafre,
 Diciendo que á patadas
 Habia de matarle.
 — Papá, dijo Carlitos,
 Tú que contarnos sabes
 Fábulas como Esopo,
 Cuéntale á este tunante
 Alguna fabulilla
 De que provecho saque.
 — Sí haré, contestó Cárlos,
 Y ésta contó al instante:
 « El có ligo de Aténas
 Castigaba con graves
 Penas al individuo
 Que maltratar osase
 A un semejante suyo,
 Y daba facultades
 A todo ciudadano
 Para que le acusase.
 Viendo Esopo á un arriero
 Poner como un tomate,
 Palo va, palo viene

Hasta saltar la sangre,
 A un pobre borriquillo
 Que llevaba delante
 Cargado con un fardo
 De dos ó tres quintales,
 Aunque dudo que el burro
 Medio quintal pesase,
 Le acusó el sabio Esopo
 Ante los tribunales,
 Y éstos le condenaron
 A expiacion infame
*Por haber maltratado,
 Sin motivo bastante,
 A un semejante suyo,*
 Pues de cierto se sabe
 Que en el burro no pocos
 Tienen su semejante.»

Oyendo el muchacho esto,
 Con vergüenza muy grande,
 La cara entre las manos
 Ocúltase un instante;
 Hace la vara añicos,
 En seguida va y trae
 Un costal de cebada,
 Se le pone delante
 Al pobre burro; el burro,
 Despues de bien hartarse,
 Se levanta tan listo,
 Y el chico tan campante
 Se va en él de paseo,
 ¡ Arre, borrico, arre!

ANTONIO DE TRUEBA.

LOS DOS HERMANOS.

Ignacio y Clemente eran dos niños hermanitos é igualmente amados de sus padres, pero mimados y agasajados extraordinariamente por su abuelo. Así es que los niños á todas partes querian ir acompañados por él, seguros de satisfacer á su lado to-

dos sus antojos, y más tiempo pasaban en casa del abuelo que en la suya propia.

Hubo, sin embargo, un dia en que los niños quedaron dueños absolutos de sus acciones, y este dia fué uno de las pasadas ferias. Mucho ántes

de que éstas llegasen ya habían estado los niños importunando á su abuelo é indicándole una multitud de objetos que querían les comprase, por lo que el pobre hombre, á fin de libertarse de ellos y al mismo tiempo hacer una prueba que deseaba, entregó á cada uno cierta cantidad de dinero, dejando enteramente á su elección que lo empleasen como quisieran. El abuelo deseaba ver el uso que hacían de él y sacar de allí partido para imponerles alguna corrección saludable; porque había notado en Ignacio cierto egoísmo que le hacía ocuparse sólo de sí mismo, é inquietarse poco de que los demás se incomodasen con tal de que él viera satisfechos sus deseos.

Salieron, pues, una tarde los dos niños, seguidos de un criado que tenía orden de acompañarles por donde quisiesen ir, sin oponerse á sus determinaciones. Entraron en el paseo de Atocha, regocijados con tanta variedad de cosas como se les presentaban, y mudando á cada instante de parecer; de modo que habían recorrido ya un gran trecho sin hacer ninguna adquisición, hasta que Ignacio el primero, se llegó á una confitería y compró ciertas golosinas, sin que pensase en repartir con su hermano, por la razón para él muy convincente, de que teniendo aquel también dinero sería muy mal empleada su generosidad.

Llegaron después á un surtido puesto de quincalla en el que Clemente realizó el proyecto que tenía premeditado, eligiendo un dedalito

de plata y unas lindas tijeras. ¿Qué es lo que vas á hacer con eso? le preguntó Ignacio. A lo que respondió: Quiero regalárselo á nuestra hermana Rosalía, que se ha quedado en casa, para que vea que me he acordado de ella.» — Pues yo, replicó Ignacio, si me sobra dinero le compraré alguna otra cosa. Entre los objetos que había de venta se hallaba un bonito cortaplumas, que llamó la atención de Clemente, y aunque algo subido de precio se determinó á comprarle viendo que todavía le quedaba dinero. Ignacio, por su parte, se dirigió á otro puesto donde había una multitud de figuras de barro, y empleó de una vez todo su caudal en la adquisición de una brillante pareja de contrabandistas. En vano su hermano le indicó que podía, según su parecer, emplear el dinero de un modo más conveniente. «¡Qué poco entiendes de esto! le contestó. Cuando lleguemos á casa y los pongamos encima de la cómoda uno á cada lado del tocador, todos cuantos entren y los vean se han de quedar admirados y me han de alabar por el buen gusto que he tenido.» Verificada la compra, se acercaron para ver qué había en un corrillo formado por varios curiosos, y hallaron que era un pobre soldado estropeado que pedía limosna, contando sus desdichas á los que le rodeaban. Clemente, sin escuchar más voz que la de su piadoso corazón, entregó todo el dinero que le había quedado, á pesar de que Ignacio le decía: «No se lo des todo; no tengo yo fe en estos soldados parlan-

chines que suelen ser algunos vagabundos que todo lo que cogen lo gastan en borracheras. — Este no se puede confundir con los que tu dices; es un pobre militar mutilado que no puede trabajar para comer, y de haberle socorrido me resulta la más dulce satisfaccion.» En efecto, Clemente la tuvo al oirse colmar de bendiciones por el pobre mendigo, y al ver que apiadados algunos de los circunstantes le dieron tambien limosna movidos con su ejemplo.

Continuaron paseándose por la feria, hasta que viendo que se acercaba la noche y ya no podian andar cómodamente por el gentío que iba acudiendo, trataron de volverse á casa. Mas quiso la mala suerte que al atravesar una calle, Ignacio, aturcido con la muchedumbre, y más que todo por apartarse con ligereza de un coche que venía corriendo, dió un fuerte tropezon y fué á caer á dos ó tres pasos con las figuras, que, siendo de barro, se hicieron quinientos pedazos. En vano el criado le ha-

bia pedido se las confiase para llevarlas. Ignacio no habia querido soltar de su mano aquella preciosidad con que se envanecia, hasta entónces, que levantándose humillado y lloroso, empezó á conocer lo mal que habia empleado su dinero. Cuando acabó de conocerlo fué al entrar en casa, viendo á Clemente ufano con su cortaplumas, y la alegría de su hermanita por el regalo que éste la habia hecho, y verse él con las manos vacías, sin tener cosa para sí ni para ofrecer á los demas. El abuelito entónces, viendo que el que reconoce sus faltas está próximo á enmendarse de ellas, le dirigió una severa reconvencion, poniéndole á la vista el ejemplo de Clemente, que era feliz, porque habia querido que los demás lo fuesen ántes que él. Ignacio, con el ejemplo de su hermano y la reprension de su abuelo, y fortalecido con la experiencia, desechó completamente el egoismo.

J. M. BALLESTEROS.



NIÑOS CÉLEBRES

(Conclusion.)

Belcomble.

En la escuela militar de París habia en cierta ocasion un alumno que llegó á llamar la atencion de sus directores por una circunstancia notable. Consistia ésta en la frugalidad extraordinaria con que se mantenía, contentándose muchos dias con un plato de sopa, un poco de pan seco y agua. El jefe inmediato del establecimiento, noticioso de esta singularidad y sospechando que un exceso de devocion mal entendida pudiese ser causa de tanta abstinencia, le dirigió primero una prudente reprehension; pero Belcomble, que este era su apellido, continuó en su sistema, si bien con todo el disimulo que le era posible, pero no tanto que no siguiera enterándose del hecho el indicado jefe, el cual resolvió dar parte á Mr. Duverney, jefe superior. Éste llamó al alumno y le hizo algunas observaciones, diciéndole entre otras cosas que era una ridiculez el querer singularizarse de este modo, que debia atemperarse á las costumbres de la escuela para no dar que hablar, y que si persistia en su propósito tendria que enviarle con su familia. El jóven entónces no tuvo más remedio que ser franco, y aunque con cierto rubor se espontaneó con Monsieur Duverney explicándose en es-

tas ó parecidas palabras: «Señor, voy á explicaros la causa de mi conducta. En casa de mis padres yo comia solamente pan negro y en verdad no muy abundante. El pan de aquí es de excelente calidad y lo tengo á discrecion, y á mí me parece que es darme un trato demasiado opíparo comiendo lo que los demas cuando recuerdo al mismo tiempo la miseria y escasez en que viven mis padres.» Mr. Duverney, que sintió arrasados de lágrimas sus ojos al escuchar tal respuesta, interrumpió al jóven diciéndole:—Amigo mio, habiendo servido vuestro padre tendrá alguna pension.

—¡ Ah! no señor, repuso Belcomble; durante un año la ha venido solicitando, pero en vano; y careciendo de recursos para continuar sus gestiones ha tenido que desistir.

—Lo siento, amigo mio; y si las cosas son como me las contaís, yo os prometo conseguir para vuestro padre una decorosa pension. Ahora bien; hallándose vuestra familia tan poco acomodada, no podréis tener muy bien provista vuestra maleta: recibid, por lo tanto, para vuestros gastos menudos estos tres luises que os entrego de parte del rey. Por lo que hace á vuestro padre voy á enviarle adelantado el importe de los seis pri-

meros meses de la pension que estoy seguro de obtenerle.

—Señor, exclamó el alumno, ¿cómo podréis enviarle ese dinero?

—No te apures por eso; ya encontraremos medio.

—En ese caso, pues que teneis

tanta facilidad, hacedme el obsequio de enviar desde luego á mi padre estos tres luises que acabais de entregarme. No me hacen falta, á mí me sobra todo y á mis padres les vendrá muy bien para dar de comer á mis hermanos.

J. M. DEL CAMPO Y NAVAS.

EL GIGANTE DE LA FRENTE DE ORO.

(Continuacion.)

«Bendito sea el Señor que ha dado agilidad y robustez á la pobrecita baldada para que pueda llevar el consuelo y la alegría por todas partes, empleando su salud y sus fuerzas en servicio de los pobres y desgraciados», dicen las gentes al ver lo hermosa y fuerte que está, de tan raquítica y débil que era.

Porque si hermoso es su cuerpo como un ramo de recién cortados claveles, en verdad es lo peor que tiene, puesto que no pasa de ser la concha más ó ménos pulida que guarda la verdadera joya de infinito precio, la rica perla de su corazón.

Donde quiera que existe un dolor, una necesidad, un contratiempo, allí está ella solícita y cariñosa; y el dolor se calma, la necesidad se socorre, el contratiempo se remedia. Pero si las gentes sencillas la aman y bendicen, cuantos allí son tenidos por doctos, á saber, el bueno de Cascarrabias, el alcalde, el médico, y el señor cura, la aman, la bendicen y

la admiran. Y no pocas veces habian acudido á la niña en sus dudas y apuros las cuatro notabilidades de la aldea, y Elisa, que con la luz de su frente disipaba las más espesas sombras de la ignorancia y el error, con esa modestia del verdadero talento, que parece pedir perdón de su superioridad, resolvía los más intrincados problemas y daba cima á las empresas más arduas. Excusado es decir que un coro de fervientes bendiciones la seguía por todas partes, y la calma, la satisfaccion y la dicha se albergaban en su alma.

¿Y Conrado y Adolfo qué hacían entre tanto? ¿Qué habían de hacer? Darse buenos coscorriones á más y mejor, hincharse delante de la gente, y devorar á solas sus dolores; y si bien es cierto que los cándidos vecinos del valle continuaban segándoles la hierba y haciéndoles muchos arumacos á su presencia, cuando no estaban presentes, se encogían de hombros los más listos como diciendo:

«Pues, señor, tú luces mucho, pero nosotros nos quedamos á oscuras.»

La verdad es que Adolfo, bien porque su cabeza fuese ménos dura, y por consiguiente más sensible á los coscorrones que la del otro, bien que su corazón tuviese ménos bríos para sobrellevar su suerte, se iba cansando ya del regalo que el gigante tan bizarramente le hiciera. «Porque es muy bueno, se decia, eso de deslumbrar á la gente, y darse importancia, y ostentar aire de superioridad, y poder decir á los demas «yo valgo más que todos», y ver cómo le siguen á uno con la boca abierta, y le respetan y aclaman por donde quiera.....; pero, señor, esos trompazos no sólo vienen á *aplastar* mis glorias, sino que ni de dia ni de noche me dejan un instante de sosiego con el escozor y malestar que me producen, pues entre cicatrices y chichones está mi frente más escarpada que la maldita montaña que en mal hora pensé en subir. Pero ¿qué habia de hacer? No podia permitir que Conrado fuese más que yo. Y aún ahora, si el gigante me castigára, si perdiera esa luz, que es mi orgullo y mi tormento..... Era yo tan feliz con mis libros y mis juegos hasta que ese galopin se me puso delante..... No, no, yo no puedo consentir que se me suba á las barbas; quiero seguir comprando con mi martirio el gusto de alucinar á la gente y abatir la soberbia de ese loco llevando mi frente erguida, muy erguida, más erguida que la suya; quiero.... ¡pum! ¡pataplum!

¿qué es esto? «¿Qué ha de ser, sino que nuestro guapo se ha abierto la cabeza contra un poste y ha caido en medio de la calle cuan largo es?

Algunas comadres, de esas que á todas horas están atisbando lo que pasa, levantáronle del suelo, y no sin meter gran bulla le llevaron á su casa.

Mucho se alarmó la familia al verle tan mal parado, perdido el conocimiento y más blanco que la cera; pero la gentil Elisa, que tenía unas manos que lo mismo servian para un fregado como para un barrido, se las compuso de modo que á la media hora estaba sentado en la cama tomándose una taza de caldo.

En su indisposicion, durante la cual Elisa no se separaba un momento de su lado, cuidándole con gran solicitud y amor, todo se le volvia al pobre muchacho pensar y cavilar cómo hacia su hermana las cosas con tanto acierto y cuidado, siendo así que la luz de su frente era más viva y radiante que la que á él le cegaba por completo.

Leía la niña en el corazón y en la mente de su hermano, y la tristeza y la compasion se reflejaban en su sonrisa, lo cual mortificaba al muchacho hasta llegar á hacersele insostenible la presencia de la niña; y hácia el noveno dia saltó de la cama, arrojó las vendas y se echó á la calle.

(Se continuará.)

ANTONIO R. DEL CASTILLO.

ESCENAS INFANTILES.



Alberto tiene algunas mañas muy feas, y entre ellas, la de quitar á su hermanita los juguetes. Cuando Juanita se despierta y no ve sus juguetes, desespérase la pobre niña y llora sin consuelo. De esta suerte lo que empieza por ser una broma acaba por ser un grave disgusto.

Alberto debía imaginar otras gracias de mejor gusto, y procurar no dar jamas que sentir á su inocente hermana.

MADRID, 1875.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCEORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 5.